

EL TRATAMIENTO DE LOS ABSCESOS HEPATICOS ANTES
DEL DOCTOR MIGUEL FRANCISCO JIMENEZ *

DR. FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

EL caso más antiguo de absceso hepático en México que he podido encontrar, es el que padeció Fray García Guerra, Virrey de la Nueva España y Arzobispo de México. Los datos respectivos han podido conocerse, gracias a un minucioso relato escrito por Mateo Alemán autor conocido en la literatura española del siglo xvii por su célebre novela intitulada Guzmán de Alfarache.

El relato del cual transcribió al final un extracto a manera de apéndice, es un opúsculo intitulado "Sucesos de Fray García Guerra", del cual he podido consultar una copia gracias a la bondadosa deferencia del Profesor Federico Gómez Orozco. Nos dice Mateo Alemán en los "Sucesos de Fray García Guerra" publicados el año de 1613, que el Virrey y Arzobispo se quejaba de dolor de hígado y fiebre. Tras de algunos días de aplicación de los más diversos remedios "le creció una recia fiebre, que por lo que después pareció, fué haberse corrompido en la parte interior, espontáneamente aquel absceso, y algunos médicos dijeron ser dolor de costado que le había sobrevenido... más de allí a dos días, hicieron las materias grandísima eminencia en la parte de las costillas que llaman los médicos mendozas últimas, y siendo necesario que viniesen cirujanos, conocieron ser importante abrirlo".

* Leído en la sesión del 27 de marzo de 1957.

El enfermo fué operado, pero la incisión fué practicada demasiado alto, de modo que fué poca la supuración que pudo salir, y falleció el veintidos de febrero de mil seiscientos doce, quince días después de la operación, y muchas semanas después de su enfermedad.

El cadáver fué abierto por los cirujanos para ser embalsamado. El hígado había empujado al pulmón a través del diafragma, "que apenas parecían caber en su asiento", y las últimas costillas estaban "tan podridas, que se deshacían en los dedos".

Por aquellos años, nuestra literatura médica guarda silencio absoluto acerca de los "apostemas" o abscesos del hígado, pero el archivo de la Universidad registra que el año de 1691, durante una epidemia de disentería, se llevaron a cabo necropsias por orden del Virrey Conde de Galve. Una de ellas fué ejecutada en el Hospital de Jesús Nazareno por el Maestro Cirujano José García, en el cadáver de Pedro Valderas. Abierto el vientre, se encontró "mortificado el hígado todo". (Véase el apéndice II de este artículo).

Las epidemias tan desastrosas de viruelas, de tabardillo o tifo exantemático, y de otras enfermedades no definidas pero catalogadas entonces como "fiebres pestilenciales", llamaban más la atención que los abscesos hepáticos, los cuales, teniendo en cuenta los escasos recursos con que entonces se contaba, no eran conocidos por los médicos sino cuando las señales de supuración eran evidentes e innegables. Por otra parte, el absceso hepático, para los médicos de antaño no constituía en el siglo XVIII y principios de XIX sino una forma clínica de una entidad nosológica que sólo la transición entre el pensamiento dominado por la doctrina humoral hipocrática, y la noción anatomopatológica recién establecida por Morgani podía haber aceptado. La nosología le llamaba "Obstrucción inflamatoria del hígado".

En 1790, el Tribunal del Protomedicato llamaba la atención de que "se halla notablemente consternada esta ciudad y aun el reino por la horrorosa y tenazísima enfermedad que de algunos años a esta parte experimenta" y ese mismo año, para celebrar la coronación del Rey don Carlos IV, invitó a los médicos de la Ciudad para tratar en un certamen acerca de las funestas "Obstrucciones inflamatorias del hígado".

De las once disertaciones presentadas dos fueron premiadas y publicadas. Una escrita por don Joaquín Pío Eguía y Muro, "Catedrático regente que fué de Vísperas de Medicina en esa Real Universidad, Médico del Hospital General de San Andrés, y Proto Fiscal del Real Tribunal del Protomedicato". La otra disertación premiada fué la del licenciado Don Manuel Moreno, "Profesor Público de Cirugía y primer cirujano en los

Reales Hospitales de Naturales y en el referido de San Andrés, y Directo del Real Anfiteatro Anatómico”.

Dice Eguia, que, en el Estiό del año de 1783 “se anotaron muchas fiebres malignas biliosas, . . . En este tiempo se explicaba (como es costumbre) en el Real Anfiteatro del Hospital de Naturales la Anatomía práctica, y con éste motivo se observaron muchos cadáveres dañados de la gangrena en todas las partes dichas y llegado el día de explicar el hígado, no se pudo esto verificar, aún proporcionados siete cadáveres, por haberse registrado en todos esta entraña agangrenada* . . . Continuó esta epidemia hasta pasado febrero de 84, y en este y en el siguiente año se observó grande escasez de lluvias, notable mortandad de ganados, y escasez de víveres especialmente en tierra adentro, en donde se verificó, murieron algunas gentes de hambre . . . En el verano de 85 en casi todo el reino se observaron unos catarros muy acres, que acometían con tal vehemencia, que en una noche se infeccionaba toda una familia, de manera, que en el corto espacio de una semana casi se puede asegurar que las tres cuartas partes de las gentes sufrieron semejante accidente, bien que en estos días no se advirtió que algunos murieran. En el mismo año de 85 y en el siguiente de 86 no se dejaron de observar también fiebres malignas biliosas de muy mala nota, y desde entonces acá las diarreas y disenterías se advierten las condiciones y renuncia que antes . . . Ante todas cosas, se debe advertir, que así en el modo con que han sido acometidos los pacientes, como en sus progresos, urgencia de síntomas, duración, y terminación, se ha visto una gran variedad aún en aquellos miserables que casi han terminado de un mismo modo v.g. por diarreas o escupiendo el material,* o que bien aparentado el tumor se han abierto . . . De semejante ataque, unos dentro de cinco o siete días y otros a los once, se han creído libres aunque resentidos del dolor, sobre toda la región del hígado, principalmente de aquella porción de éste que cubre al estómago.

“Entretanto el dolor se ha aumentado hasta hacer esta región muy sensible a la impresión de los dedos; la tumorosidad se ha hecho palpable y muchas veces visible; aumentando el mal, han sobrevenido diarreas y disenterías biliosas muy cruentas y fétidas, el calor entonces y las ansias, la inapetencia, la falta de sueño y la lexitud han urgido notablemente la postura menos incómoda para estos miserables que ha sido reclinarse casi supinamente sobre muchas almohadas: en pie están siempre encorvados sobre el lado derecho, el dolor se aumenta y les impide andar . . .

* El Anfiteatro Anatómico o Escuela de Cirugía, inició sus “demostraciones” el año de 1770, en el Hospital Real.

* Escupir, supuración probablemente vómica, con absceso abierto en los Bronquios.

“En estado de mayor avance del mal, a más del aumento de diarreas y disenterías, y la mayor malignidad de ellas, han venido también copiosos esputos de un material de muy mal aspecto y feto, habiendo sucedido que a más de unas y otras evacuaciones muy copiosas, el material como redundante y extravesado, haya aparecido en forma de tumor, o bien sobre las costillas mas superiores; y abierto esto, como ha sido preciso, en ninguna manera ha contribuido ni a dar algún alivio a los pacientes, ni a disminuir la copia de las evacuaciones; y en tal lastimoso estado unos en cuatro, otros en nueve, quince o más meses han perecido miserablemente.

“Muchos cadáveres se han inspeccionado, y se ha observado en ellos el daño a las partes vecinas, como se notó el año de 83. La cantidad de material ha sido tanta que aún habiéndola evacuado los pacientes por muchos meses en la copia que he dicho, con todo se ha encontrado notable porción en los cadáveres y alguna vez hásta el pericardio lleno de él”.

Termina Eguia considerando que la enfermedad es una verdadera “obstrucción inflamatoria del hígado” y que los recursos “dietéticos y farmacéuticos empleados no han dado siempre resultados, pues en muchas ocasiones ha sido necesario echar mano de la operación quirúrgica y abrir estos abscesos, por su parte el Profesor de Cirugía dice así:

“Para ésto debo asentar, que muchas veces se ha practicado semejante operación con tal socorro de los pacientes, cuando esto se ha verificado en tiempo en que el material aún no ha tocado aquellos extremos grados de acrionomía, ni ha infeccionado la masa de la sangre con una cachexia de su especie, y por consiguiente no han venido aquellas diarreas, disenterías y esputos, ni las fuerzas se han caído demasiadamente, y los enfermos aún conservado con algún tono y arreglo sus funciones y acciones así naturales, como animales y vitales, al contrario, se ha verificado casi en la mayor parte de los pacientes en quienes ha sido necesario últimamente echar mano de esa operación, pero ya en los fines, y habiendo llegado al lastimoso estado que he expuesto. Muy raro o casi ninguno ha escapado y esta generalidad de verlos perecer miserablemente, es la causa de la común consternación y de la entrañable aflicción de los profesores. . . Sería oportuno resolverse a ejecutar semejante operación con mucha mayor anticipación de la que hasta aquí, y sin aguardar todo aquel cúmulo de condiciones prerrequisitos que justamente previenen los prácticos hablando por lo común y más general. . .

Toda la duda acerca de la oportunidad operatoria se versa sobre qué, no apareciendo sobradamente aquellas señales todas que manifiestan una

verdadera adherencia del tumor a los tegumentos y paredes que cubren la entraña en que éste se ha celebrado; por más que el Profesor con arrojo se interne con el instrumento buscando el material, este se derramaría en la cavidad del abdomen y entonces, a más del gravísimo accidente del tumor del hígado, teníamos éste del derrame, el de una herida penetrante y el de herirse una entraña muy expuesta al esphacels, cosas muy opuestas a los laudables intentos con que se propone ejecutar ésta operación... "Y la verdad que la elevación que se observa, no solamente al tacto, sino aún a la simple vista, y señalarse casi la circunscripción o limitación de la tumorosidad, juntamente con la ondulación del material que las más veces aseguran los prácticos que la perciben y ditinguen juzgue que estas señales dan notables sospechas de haber (las adherencias al peritones parietal)".

Por lo que se ha visto, no era posible a los médicos conocer un absceso hepático sino cuando había crecido, en grandes proporciones, Menos sombrío era el pronóstico de los abscesos que se abrían en los bronquios y una canalización natural se hacía, como dice Eguia Muro, escupiendo grandes cantidades de "material". Otras veces la comunicación se hacía en la pleura o en el pericardio, con resultados fatales.

En cuanto a la operación, como justamente lo clamaban los cirujanos, se practicaba en sujetos debilitados que habian sufrido fiebre desde hacia varios meses; mal alimentados, y víctimas de agresiva terapéutica de frecuentes purgantes y sangrías.

Aunque no dice el Cirujano Manuel como practicaba la operación, estamos autorizados a suponer que esta era la que se ejecutaba para todos los abscesos, empleando un cuchillo de hoja falciforme que se hundía profundamente en los tejidos y con el filo hacia arriba, se procedía a cortar desde el hígado hasta la piel, sin anestesia, y sin asepsia. Si la herida sangraba, se empleaba el cauterio calentado al rojo. Si el enfermo sobrevivía a la infección amibiana y a la intervención del cirujano, las infecciones secundarias de la herida operatoria y de la cavidad del absceso provocarían que todos, como dice Eguia "sucumbieran miserablemente".

Miguel Jiménez introdujo punción evacuadora e hizo más seguro el diagnóstico. Al evitar las complicaciones traumáticas e infecciones salvó muchas vidas. Claro está que el ideal no se lograría sino un siglo despues combinando la punción con los agentes quimioterápicos. Por eso la revisión de todo lo que se ha hecho en México durante más de un siglo, es del más alto interés por las fecundas enseñanzas que contiene.

* Fluctuación.

Por lo que creo de interés transcribo, a modo de apéndice dos narraciones a que he hecho referencia.

APENDICES

I

Enfermedad y muerte de Fray García Guerra.

"Quisiera su S. Ilust. retirarse luego, i dejar las fiestas, no lo hizo por no mostrar flaqueza de ánimo, i por q. ya cerraba el día; de allí a poco se levantó y fue a su aposento. Esa noche la pasó con muchas congojas y algún poco de calor demasiado.

"Que las indisposiciones de S. Ilust. hubiesen tenido principio, según sintieron algunos, del golpe que se dijo cuando se arojó de la caroca, o causándose de otros achaques, como lo afirmaron otros, en cualquier manera que haya sido, se declaró más el daño el día destas fiestas en la noche pues aquella calentura obligó a los médicos a usar de sangría. Pareció ser en su principio algún fácil accidente, sínoco sin putrefacción, de fácil cura, y así no se hizo dél mucho caso. A los primeros días de septiembre, padeció algunas destilaciones a los ojos y a otras partes, por la disposición del sujeto, y calidad natural desta tierra, ser caliente y úmeda, q. por estar fundada en una laguna, y ser las calidades de aires las dichas, está con sujeción a padecer corrimientos de umores y reumas. Este achaque necesitó a que S. ilustrísima, se consintiese abrir una o dos fuentes en el brazo derecho, para evitar mayores daños.

"Poco después le sucedió una fiebre aguda, de corrupción de todos los humores, de q. se halló afligido, y los médicos obligados a hacer remedios más eficaces de purgas y sangrías, con q. se sintió algo mejor, porq. las calenturas se le quitó de todo punto, quedado ael parecer muy aliviado. Estuvo después desto algunos días, con mediana salud, aunq. se quejava siempre de dolor en el hígado, q. yendo en algún crecimiento, le bolvió la calentura: y miradose su enfermedad con más cuidado, le pareció por entonces a su médico ser opilación en el hígado, empero, como siempre fuese creciendo en mayor aumento se determinó hacer junta de médicos, y en 4 de enero de 612 se juntaron en Atlacuihuayan,* (una legua de México donde su S. Ilust. se avia ido a curar) cinco médicos de los mejores q. avia en la ciudad: y consultada en la enfermedad, se dividieron los

pareceres. A los que primero avían acudido a ello, q. sin duda era opilación en el hígado, a otros dos de los nuevamente llamados, q. avía inflamación, y el uno de ellos dijo con resolución ser apostema, en la parte jiba del hígado sin opilación, y q. tenía hecha materia, esto fué lo q. se trató en aquella primera visita, juntaróñse otra vez en el mismo lugar, en 6 de dicho mes, día de Pascua de Reyes, y cada uno de los médicos, en presencia de su S. ilust. dijeron su parecer y concluyeron lo q. antes. Como el paciente descava q. su mal fuese poco y sin peligro, inclinose a el parecer de los primeros, q. afirmavan ser una opilación, en q. no avía riesgo alguno; más todavía el médico singular afirmava y porfiava, no ser opilación sino apostema, y nunca se convinieron así, cada uno siguió lo q. le pareció, según pudieron conjeturar de los indicios q. fueron muchos y varios como despues de su muerte vimos. Entonces despidieron a los tres médicos y quedaron los dos primeros, los cuales aplicaron medicamentos y remedios convenientes a la opilación. Y aunque se decía cada día q. Su ilus. ya estaba sano, como interiormente se ivan las materias augmentando, y el mal agravándose, viéndose afligido el enfermo se vino a México; donde todos los médicos principales lo visitaron e hicieron juntas; empero siempre y por lo dicho, los dos primeros afirmaron ser opilación. Con esto se determinó, q. solo quedasen dos q. prosiguiesen la cura y a los más despidieron.

Estando pues la parte lesa muy supurada, con abundancia notable de materias por q. parecía tener Su ilust. un poco de calentura, le sangraron tres veces, contra el parecer de algunos médicos; tras esto le creció una mui resia fiebre, q. por lo q. despues pareció, fue averse corompido por la parte interior, espontaneamente aquel absceso, y algunos médicos dijeron ser dolor de costado q. le avía sobrevenido; por lo cual, aplicaron remedios exquisitos, más de allí a dos días, hizieron las materias grandísima eminencia, en la parte de las costillas q. llaman los médicos mendozas últimas, y siendo necesario q. viniesen cirujanos conocieron ser importante abrirlo.

Sábado 28 de enero a las 5 de la tarde, avían dado a su S. ilust. el sacramento de la comunión, con grande solemnidad, vino acompañado con muchas hachas de cera blanca, los pajes de S. ilust. con cirios grandes, a quien siguió el cabildo y clero de la Iglesia y regimiento de la ciudad, llevó el santísimo sacramento el doctor don Juan de Salzedo arcediano de México, y regidores las varas del palio; a los lados iban los soldados de la guarda, y en medio los cantores de la Iglesia cantando Himnos delante pareció igual procesión a la del día de Corpus. Venían detrás los señores de la real audiencia, y después de aver su S. ilust. recibido el viá-

tico, estando presentes los dichos señores y los dos cavildos eclesiástico y seglar, les hizo una muy tierna y elegante plática.

Domingo 5 de febrero, a las 4 de la tarde abrieron a su S. ilust. No se hizo según era conveniente, porque no había de ser por entre la tercera y cuarta costilla como se hizo, sino más bajo; q. aunq. salió alguna materia por aver coroido ya el diafragma, y subido ariba, con todo eso no era de consideración lo q. por allí salía, pues abajo quedaba más.

Los cidentes crecían, la virtud natural menguaba, las ganas del comer se proestavan mui a priesa, yiendose ya el notorio peligro a los ojos, le advirtió su médico del riesgo de su vida y mandó recibiese la extremaución, en 11 del dicho mes. Aviendose confesado generalmente tres veces, en poco más tiempo de un mes y medio, reconciliandose cada día; y en este que ya poco esperanza de vida quedó declarada, tomó en las manos un santo Crucifijo, y hizo con él grandísimos actos y demostraciones de contrición y umildad, hizo una breve plática, estando presentes algunos señores de la real audiencia, certificándoles por el paso en q. se hallava, q. no le acusava su conciencia de casi alguno en q. uviese dejado de aver hecho justicia, ni recibido dadiva por favor, merced ni otra cosa q. se le uviese pedido.

Con estos actos de humildad y contrición, y otros mil dignos de sus admirables letras, entendimiento, Cristandad y prudencia dió su espíritu al señor en 22 de febrero del dicho año de 612 a la una y tres cuartos después del medio día. Este día miércoles como a las ocho de la noche, abrieron el cuerpo, y hallaron por la parte cóncava de la una punta del hígado cantidad como de medio huevo, por donde se aliga con las costillas, por las materias q. le acudían de aquel lado ya podrido; los pulmones, con algunas manchas, tan levantados, q. apenas parecían caber en la caja de su asiento, y el corazón muy consumido y pequeño. Las costillas mendozas estaban tan podridas, q. se deshazian entre los dedos: indicios todos q. anunq. los médicos atinavan en el daño, y hizieron sus posibles diligencias por ser caso inaudito, no visto ni oido su semejante, y q. nunca Su ilust. se quejó de otra cosa q. solo del lado del hígado, y ser la lesión interior, de síntomas indiferentes dió margen donde cada uno pudiera esforzar su opinión, con suficiente disculpa de lo q. les quiso imputar el vulgo ignorante.

Luego después, jueves en la noche siguiente, por temor del mal olor le abrieron la cabeza, y le aserraron el casco a la redonda, para sacarle las médulas: fue tanta la cantidad, q. me pareció, si quisiern bolverlas a envazar en su mismo vazo, ni en otro tanto más cuéran: fue la mos-

PUBLICAS DEMOSTRACIONES
DE CELEBRIDAD Y JUBILO
QUE ESTE REAL TRIBUNAL
DEL PROTOMEDICATO DE N. E.
HACE
EN LA GLORIOSA PROCLAMACION
Y EXALTACION AL TRONO SUPREMO
DE LAS ESPANAS,
DE LOS SEÑORES
DON CARLOS CUARTO
Y DOÑA MARIA LUISA DE BORBON
SU MUY DIGNA ESPOSA,
A QUIENES DIOS GUARDE MUCHOS AÑOS...

Don dos Disertaciones sobre obstrucciones inflamatorias
 del hígado, que entre otras juzgó dicho Real Tribunal por
 las dignas de la luz pública, y en obsequio de esta cele-
 bridad premio á sus Autores, que lo son el Doctor Don
 Joaquín Pío Egula y Muro, y el Licenciado Don
 Manuel Moreno.



CON LICENCIA

EN MÉXICO:

Por Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del
 Espíritu Santo.

Portada a los trabajos que se presentaron en 1790 acerca de las obstrucciones
 inflamatorias del hígado (abscesos hepáticos).

truosidad mayor q. se ha visto, sin tener alguna corrupción, mal olor ni cosa de q. se pudiera tomar indicio de averse tan súbito dilatado tanto. Recibió las en lebrillejo el dicho Feliciano de Vascones, y acompañándolas el sochantre Juan López, capellán de S. ilustr., y yo con una hacha de cera blanca, las enterramos en el sagrario de la santa Iglesia casi a las nueve de la noche."

II

Anatomia llevada a efecto el 29 de noviembre de este presente año por orden del Virrey Conde de Galvez para investigar acerca de la epidemia reinante de disinteria el año de 1691.

En la Ciudad de México a veinte y nueve de Noviembre de mil seis cientos y noventa y uno: en el hospital de Nuestra Señora de la Concepción del Marques del Valle, que oy llaman de Jesús Nazareno, a las ocho de la mañana poco más o menos se juntaron con el Señor Doctor, Dn. Agustín Franco de Toledo, Rector de la Real Universidad. Con dicho Señor Rector, los señores Doctores Dn. Juan de Brizuela, Catedrático de Visperas de Medicina, Dr. Dn. Joseph Montañó Catedrático de Siruxia y Anatomia, con el Maestro Joseph García, que lo es de las Anotomias de esta Real Universidad y los Estudiantes Cursantes de la Facultad de Medicina, Maestros Exáminadores de Sirujanos y practicantes; y juntos en la Sala de la Enfermería de dicho Hospital encima de una mesa de las Anathomias se puso el cadaver del cuerpo difunto de un hombre que se llamó D. Pedro Valderas, que fue natural de la Andalucia vaxa, que habiendo fallecido el día antes en dicho hospital de enfermedad de disinteria. El qual en presencia de los referidos y por mano de dicho Maestro Joseph García fue abierto por el vientre para la inspección y anatomia para cuyo efecto y venir en conosimiento la causa que provenia la dicha enfermedad, fueron reconociendo la cavidad natural, y confiriendo, se halló no se distribuía la colera de la bexiga de la hiel y juntamente en el sitio de ella que esta debaxo de el hígado que se hallo mortificado el hígado todo. Lo cual se fue explicando a los Estudiantes y Cirujanos, los dichos Doctores y Maestros Joseph García se procedió hacer inspección de la cavidad vital y no se hallo en ella lesión alguna, juntamente se hizo de la cavidad animal, no se hallo cosa de maletia en ella y el Señor Rector mandó a los dichos Señores Doctores don Juan de Brizuela, Dn. Joseph Montañó: diesen sus pareceres por escrito en cuanto a la curación de la referida enfermedad y habiendose acabado la dicha Anatomía se le vol-

vió apuntar el cuerpo de el cadaver en las cisurias que se le hicieron para que íntegramente fuese enterrado para cuyo afecto y de limosna, el Señor Rector dió seis pesos con la demás cantidad que se recogió entre los presentes; se amortajó el difunto y en dicha Sala se le canto responsos y fué acompañado el entierro el Señor Rector al Infrascripto Secretario y algunos de los Cirujanos y Estudiantes que cargaron el cuerpo hasta la Iglesia de dicho Hospital, se le dio sepultura enfrente del Altar de San Nicolás Obipso a el lado del evangelio fuera de la reja de la Cepellania Mayor y dicho entierro fue con Cruz Alta y Clerigos con sobre pellices con toda desencia y para que conste el Señor Rector lo mandó acentar por autofecha y lo firmó, paso ante mi de que doy fé.

DOCTOR AUGUSTIN FRANCO DE TOLEDO.

Ante mí:

CRISTOBAL BERNARDO
DE LA PLAZA JAEN.
(Secretario).

RESUMEN

1. El caso más antiguo hasta ahora registrado, de absceso hepático en México fué el que ocasionó la muerte del Virrey Fray García Guerra, muerto el 22 de febrero de 1612. La enfermedad y lesiones fueron descritas por Matco Alemán.
2. En 1691, durante una necropsia efectuada por el Cirujano de la Universidad de México, José García en un sujeto muerto por disentería, se encontró "el hígado mortificado"; probablemente se trataba de absceso hepático.
3. Desde 1783, coincidiendo con graves epidemias de disentería, se presentaron numerosísimos casos de abscesos hepáticos llamados "obstrucciones inflamatorias del hígado".
4. El Protomedicato convocó a un certamen sobre dicha enfermedad. Los trabajos premiados fueron los de Joaquín Pío Eguía y Muro y Manuel Moreno. Por ellos sabemos lo frecuente de los casos que con operación o sin ella, terminaban la mayor parte con la muerte.

BIBLIOGRAFIA

1. SUCESOS DE FRAI GERA. ARZOBISPO DE MEXICO, A CUYO CARGO ESTUVO EL GOBIERNO DE LA NUEVA ESPAÑA... Por el Contador Mateo Alemán, Criado del Rei Nuestro Señor... En México, en la imprenta de la viuda de Pedro Balli. Por C. Adriano César. Año de 1613.
2. *Arch. Gen. Nac.* Universidad. T. 55, fjs. 386-7.
3. PUBLICAS DEMOSTRACIONES DE CELEBRIDAD Y JUBILO QUE ESTE REAL TRIBUNAL DEL PROTOMEDICATO DE N. E. HACE EN LA GLORIOSA PLOCLAMACION Y EXALTACION... Con dos Disertaciones sobre Obstrucciones inflamatorias del hígado, que entre otras juzgó dicho Tribunal por más dignas de la luz pública, y en obsequio de esta celebridad premió a sus autores, que son el Doctor Joaquín Pío Eguía y Muro, y el Licenciado Moreno. Con Licencia en México. Por Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, Calle del Espíritu Santo.

PERFIL BIOGRAFICO DE MIGUEL JIMENEZ*

DR. PEDRO RAMOS

EL SIGLO PASADO, en México, la figura central más influyente y decisiva para determinar las bases del tratamiento del absceso hepático fué Don Miguel Francisco Jiménez. Esta sesión ocurre en el primer centenario de su libro inicial sobre ese tema. El acuerdo acerca de la importancia de su contribución es unánime. Nadie lo ha puesto en duda; y hoy, a un siglo de distancia, la estimación por él ha crecido. En su época, por circunstancias de su tiempo y de su medio, se conoció su labor sólo en México y por algunos enterados en el extranjero. Sus técnicas le permitieron alcanzar éxitos no logrados en otras partes y sus discípulos obtuvieron triunfos semejantes. Sin embargo no trascendieron a la masa médica mundial. Hoy valoramos su figura de Maestro y Precursor.

Nació en Amozoc, Estado de Puebla, el 19 de octubre de 1813 y murió en México el 2 de abril de 1876, a los 63 años. Su familia era pobre, pronto faltó el padre y solo pudo proseguir sus estudios gracias a su hermano mayor, José María Jiménez.

Hizo su primera educación en su pueblo natal. Posteriormente se inició en el latín en la ciudad de Taxco, donde residía su hermano. Después pasó al Seminario de México; y, finalmente a los 21 años en 1834, entró al Establecimiento de Ciencias Médicas, fundado el año anterior. Una nueva era se inició aquel año. Su suprimió la antigua Universidad y se fundaron varias escuelas. Sólo la de Medicina subsistió. En la Oración Fúnebre

* Leído en la sesión del 27 de marzo de 1957.

pronunciada ante el cadáver del Dr. Jiménez, el Dr. Gabino Barreda habló así de aquellos difíciles principios.

"El sabio, el laborioso y virtuoso Jiménez, fué uno de los primeros frutos de aquella escuela, que los enemigos del progreso persiguieron por tantos años con las armas de la calumnia, presentándola como una cantina de vicios, como un seminario de inmoralidad, y como una inmundicia cloaca de escándalo y prostitución; de aquel establecimiento que no pudo sobrenadar en medio del inmenso vértice de retroceso que se tragó a todos los otros, sino luchando con absoluta carencia de recursos pecuniarios, con la falta muchas veces hasta de local en que poder dar las lecciones y con todo el linaje de calumnias.

El gran crimen de la Escuela de Medicina, como se llamó después, era que en ella se hacían por primera vez en México los estudios prácticos de anatomía, de operaciones y de clínica. ¡Fatal destino de las instituciones humanas, que no pueden alcanzar ni una sola mejora de importancia sin tener que sufrir la persecución y la calumnia: El que no quiera pasar por esta prueba debe renunciar a todo progreso y a toda reforma. La de inmoralidad es la más fácil de todas las calumnias, porque es la más elástica, la que menos pruebas exige y la que se presta más difícilmente a una justificación completa! ¡Todas las reformas y todos los reformadores, antes y después de Sócrates y de Cristo, han sido tratados de la propia manera y calumniados en la misma forma!"

En un ambiente de lucha y de reformas cursó Miguel Jiménez los cuatro años que comprendía la carrera y recibió su título de médico el 6 de septiembre de 1838 a los 25 años. Su vida profesional privada fué activísima y le ganó una elevada posición social, pero no es este el aspecto que nos importa ni el que perdura. Actualmente su influencia profesional, su docencia es lo que nos interesa.

Pocos meses después de su recepción ocupaba ya un puesto en la Escuela en que poco antes había terminado sus estudios y que nunca había de abandonar. Aunque pasó por la cátedra de Anatomía, la que profesó con singular acierto y cariño fué la de Clínica Interna, que ocupó hasta su muerte, en 1876. Además de su labor docente resalta otra característica importante, su estímulo a compañeros y discípulos. Fundó o fué miembro principal de la mayor parte de las Sociedades Científicas de entonces. En varias ocasiones ocupó la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina. Trabajó hasta su muerte. En el número de la Gaceta de la Academia inmediato anterior a su fallecimiento apareció un artículo suyo, escrito durante su última enfermedad.

Abordó muchos temas, principalmente el del absceso hepático. Ideó y perfeccionó un método cuya efectividad dedujo observando la evolución favorable del absceso abierto a los bronquios. Lo inició en 1842, y proporcionó en su época mejores resultados que los que se lograban en otros países, con otros métodos.

Indiscutiblemente debe considerarse idea suya. El consenso de sus contemporáneos era definitivo respecto de su originalidad. Si bien se practicaba en la India, no le fué sugerido por quienes allá la hacían y probablemente en la India ignoraron lo que se hacía en México.

Cuando murió en 1876, el duelo fué general. Falleció el 2 de abril, su cadáver fué llevado a la Escuela de Medicina el día 4, y el día 8, ante él, representantes de las Sociedades Científicas y de las Escuelas de la Ciudad pronunciaron oraciones fúnebres. Se le enterró en el Panteón del Tepayac. Los alumnos de la Escuela condujeron en hombros su cuerpo hasta el Templo de Santa Ana. Presidió la comitiva don José María Iglesias.

Atinada y proféticamente dijo ante su cuerpo inerte don José María Reyes: "La Medicina de Jiménez no era la planta exótica traída de otras naciones a nuestro suelo sin preparar el terreno y estudiar los elementos de su aclimatación, comprendía que así como cada región y cada clima tienen sus elementos de existencia diferentes y la vida fisiológica de cada pueblo es diversa, su patología debería estar sujeta a la misma ley y los rastros de algunas enfermedades comprobaban su previsión. En la formación de la Medicina Mexicana, que un día se consumará, no serán estériles las observaciones de Jiménez".

La Medicina Mexicana estaba de duelo. En breve lapso morían don Lauro Jiménez, el Dr. Vértiz, el Dr. Río de la Loza, el Dr. Miguel Jiménez. Terminaba una generación médica brillante. Jiménez la representa. En él destacan su brillantez de clínico y su gran calidad humana. Barrera, su contrario político, dijo de él que amaba a su Patria "hasta el delirio, hasta el desvarío". Era de la misma generación de Juárez. Hombre dedicado al trabajo, al esfuerzo en beneficio del pueblo. Alguna vez escribimos: A estos hombres aún no les hemos hecho la justicia que merecen, hemos puesto poco interés en el hombre que modela y encausa discípulos e influye desinteresadamente el medio. Por fortuna fueron muchos en esa primera Generación Mexicana que nació española, pero formó el núcleo de nuestra organización y forjó el sentido de Patria y Nacionalidad. Rodeados de signos de inmadurez, su trabajo fué rudo y difícil pero supieron cumplir con dedicación y ahinco y sortear el gran peligro que corrió entonces la República. Hoy, después de un siglo, es difícil imaginar el impacto de la guerra y pérdida de Texas y el de la guerra que dejó a México

reducido a la mitad, tan sólo quince y veinticinco años después de la Independencia.

El 27 de septiembre de 1842, don Antonio López de Santa Ana, a quien una estatua representaba con el brazo derecho extendido hacia el norte "para indicar que pronto iría a dar su merecido a los texanos, pero indicando para el vulgo, que en la Casa de Moneda estaba la meta de sus aspiraciones", inauguraba el monumento a su propia pierna y escuchaba: "una y otra vez feliz al General Santa Ana que, pudo, con su sangre derramada por la Patria, comprar el amor de los mexicanos y merecer las coronas cívicas que no queman la frente como las diademas de los reyes".

No lejos de ahí, en el Hospital de San Andrés, un joven médico atiende a María Benigna Medina, internada poco antes. Aplica en ella un método suyo para tratar el absceso hepático que salvará después muchas vidas. Anota cotidianamente sus observaciones. El mismo día del discurso, escribe: "Apareció el estertor cavernoso con el soplo". Estos apuntes se leen hoy con veneración en contraste con la frase hueca del discurso político.

En hombres como Miguel Jiménez se fundó el porvenir de México. Su lección es múltiple. Clínico, Médico, Maestro y principalmente Hombre, representa la Generación que sufrió durante su juventud, pobreza, amargura, derrota y luchó en su madurez con la incomprensión. Su trabajo constante nos legó un perfil nacional. Cuando ella se desvaneció había ya nacido la Nueva Patria y los mexicanos tenían fe y confianza en el porvenir.